



Capítulo 11

Del Viento, el Poder y la Memoria

Materiales para una lectura crítica
de Miguel Gutiérrez

Cecilia Monteagudo | Víctor Vich
editores



Pontificia Universidad Católica del Perú
FONDO EDITORIAL 2002

Primera edición: octubre de 2002

Del Viento, el Poder y la Memoria. Materiales para una lectura crítica de Miguel Gutiérrez

Diseño de carátula: Gisella Scheuch

Copyright © 2002 por el Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Plaza Francia 1164, Lima-Perú.

Teléfonos: 330-7410, 330-7411

Fax: 330-7405

E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso del editor.

Hecho el Depósito Legal: 1501362002-4572

ISBN: 9972-42-503-7

Impreso en el Perú - Printed in Peru

EL MUNDO SIN XÓCHITL DE MIGUEL GUTIÉRREZ. SOBRE EL
DESORDEN DE LAS GENERACIONES Y EL OCASO DE UN MUNDO¹

por Kathya Araujo

QUIERO EMPEZAR POR AGRADECER la gentileza que ha tenido Miguel Gutiérrez de invitarme a ser parte de quienes presentan esta noche su más reciente novela *El mundo sin Xóchitl*. Pero quiero confesar que este agradecimiento no va tan de suyo. Cuando unas semanas atrás Miguel me pidió que hiciera este comentario no dudé en aceptar y no solo por la amistad que nos une hace ya varios años, sino, principalmente, porque he sido una atenta lectora suya. Sin embargo, cuando tuve entre mis manos este contundente libro de 585 páginas, no voy a negarlo, mi primera reacción fue de sobresalto. 585 páginas son muchas páginas, tantas que, yo diría, son un reto de escritura mayor. Particularmente, en una época en la que la velocidad de la imagen y del texto nos tienen convencidos de que mientras más rápido y más variado mejor. Así es que abrí este libro preguntándome cuáles serían las razones que me harían llegar hasta el final. Es alrededor de algunas de estas razones que quisiera organizar mis comentarios de esta noche, pero para zanjar por lo menos un espectro de las posibilidades, debo afirmar que ciertamente no llegué hasta el final ni por la disciplina del deber ni por el sentimiento de amistad.

¹ Este texto fue preparado en ocasión de la presentación de la novela *El Mundo sin Xóchitl*. Lima: Fondo de Cultura Económica, 2001. La ceremonia fue realizada el 2 de octubre de 2001 en el Auditorio de Petroperú, Lima. Se ha respetado el tono y el estilo propio de la lectura pública.

Para dar cuenta de mi persistencia, podría detallar la habilidad de Miguel Gutiérrez para hacernos esperar siempre algo más: ya sea un nuevo giro en los personajes o una nueva y reveladora pieza del mosaico. Podría también describir cómo nos hace acompañarlo a tomar motivos de la literatura universal para, en una vuelta de tuerca, darles un matiz inesperado, y, de este modo, desengañarnos allí donde creíamos saber lo que esperábamos. Pero ya que esto es algo que los especialistas realizarán sin duda con mayor propiedad de la que me sería posible, lo que me interesa particularmente señalar en esta presentación son las razones que se producen en la intersección entre mi condición de lectora y mi oficio de psicoanalista. Una intersección constituida por la fascinación que se produce, que me produce, el encuentro con las formas intrincadas, maravillosas, trágicas en que cada cual resuelve su relación con un mundo cuyo entramado está hecho de sin sentido.

El mundo sin Xóchitl es la historia de un amor incestuoso y es el relato de la decadencia de la oligarquía piurana. O, más estrictamente, según mi lectura, es la historia de un incesto que solo podría ser concebible en la decadencia (una asociación de la que encontramos notables ejemplos en la historia literaria universal). Wences-Güencho y Xóchitl, la pareja de hermanos de esta narración, construyen un espacio inexpugnable. El amor entre ambos es la materia sutil y poderosa que les sirve para edificar sus defensas ante la caída del mundo, de un mundo. Debacle, que se representa en la novela por medio el desmantelamiento progresivo y constante de la casona en la que habitan. Ocaso que se anuncia en lo que será un tema central en esta historia: el desorden de las generaciones.

Elías, el padre octogenario; Constanza, la madre casi adolescente. Es el desorden producido por el padre-abuelo, como lo llamará Xóchitl, y la madre-niña. Entre ambos, la adoración del padre por la madre que lo lleva hacia la ruina; el desprecio y odio de la madre por el padre, que la conduce a la abulia y a la desesperación. Para los jóvenes hermanos, como para cada uno

de nosotros, es necesario enfrentar el enigma del sexo y el enigma del amor, pero para ellos las señales que ordenan las significaciones posibles están perdidas y han quedado librados a sí mismos. O mejor dicho, Güencho está librado a Xóchitl. El mundo sin Xóchitl es un mundo vacío dice Wences-Güencho, porque el mundo en que él habita es el mundo creado por Xóchitl. Un mundo de entrega amorosa total, de encuentro celebratorio de los cuerpos, de amor único y excluyente. Pero también un mundo, el que moran, en el que se restituyen los lugares acordados a los padres por el orden de las generaciones, vía sustitución. En el mundo de Xóchitl, ella y Güencho son los padres del pequeño enfermo y deforme hermano menor Papilio. Ambos son los padres amorosos y nutricios que suplen a Elías, el padre distante e indiferente que les deja sentir su odio; a Constanza, la madre lejana y desafecta en su alocada subyugación por el mundo de la ópera y su frustrada vida musical. Esta tríada, Xóchitl, Wences, Papilio, está enlazada por el amor, la lealtad y el cuidado. Esta tríada es la respuesta del mundo con Xóchitl al enigma de la paternidad-maternidad.

Hace algunos años Horst Nitschack² acuñó la nominación *novela delirante* para dar cuenta tanto de la estructura fragmentaria de la novela de Miguel Gutiérrez *La violencia del tiempo* como de la distancia de este proyecto literario respecto de los esfuerzos totalizantes presentes, por ejemplo, en Vargas Llosa. Aunque esta novela que presentamos hoy no puede considerarse en absoluto como una novela delirante, en términos de estructura, me parece que la idea de delirio continúa siendo productiva para pensar el trabajo de Gutiérrez. El mundo con Xóchitl es un mundo delirante, en el estricto sentido en que el delirio es lo que se produce como esfuerzo para reconstruir un mundo que ha desaparecido en la forma de una experiencia catastrófica. Aunque fuera de las leyes de la ciudad, el mundo con Xóchitl —inces-

² NITSCHACK, Horst «Miguel Gutiérrez-La violencia de la historia: olvidar y recordar». En KOHUT, K., J. MORALES, S. ROSE (eds.). *Literatura peruana hoy. Crisis y creación*. Frankfurt-Madrid: Iberoamericana, 1988.

tuoso, excluyente, radical— es un mundo ordenado, guiado por normas estrictas y espacios delimitados. El mundo incestuoso que habitan es un resguardo ante el capricho y la arbitrariedad producida por la decadencia inscrita en su filiación. Es una respuesta ante la descomposición producida por el padre monstruoso y abyecto, pero principalmente por su propia corrupción (la del padre).

Así, la primera razón que sostiene mi lectura tiene que ver con la captura que produce el texto al desenvolver la creación de un universo que se sostiene en el contrapunto con, como dirá Wences en la novela, «la historia que imaginamos y fuimos construyendo del pasado de unos padres que no elegimos».

La segunda razón se relaciona con la forma en que esta novela puede ser situada en el contexto de la reflexión sobre la teoría de cultura y, especialmente, a partir de lo que aporta el psicoanálisis. Ella brinda, propongo, una metáfora acerca de nuestra propia historia, que se erige sobre el substrato de una teoría mítico-simbólica sobre el desarrollo de la cultura. Para desarrollar este punto de vista voy a permitirme una pequeña digresión.

Freud ha señalado que una pregunta central en lo que se refiere a la cultura es de qué manera se puede haber llegado a una forma de organización como la actual que se basa en el principio de asociación y el estado de derecho. Lo que Freud plantea es que debemos imaginar que, originalmente, la organización de los seres que llamamos humanos se daba en el modo de la horda primitiva. La idea de horda primitiva la toma de Darwin como se sabe: se trata de un conjunto de individuos de la misma especie, regidos por un padre violento y celoso que toma a todas las hembras para sí y que va expulsando a los hijos en la medida en que se hacen grandes. Es el modelo del padre todopoderoso, el padre gozador, que tiene derecho a todas las mujeres. Ahora bien, cómo se trasciende esta organización, pregunta Freud. Su respuesta es el punto que me importa subrayar. Debemos considerar, dice, en un sentido mítico-metafórico, que lo único que puede haber ocurrido es que los hijos unidos, autorizados en esta unión

(y este hecho es muy importante), hayan asesinado al padre. En este segundo momento, luego del asesinato del padre, se trata de la euforia gozosa de los hermanos. Los hermanos habrían podido acceder al goce detentado hasta entonces exclusivamente por el padre. Como en la novela, liberados del padre, los hermanos habrían podido soñar con un mundo de perfecta libertad y de posesión mutua e irrestricta.

Puesto en otros términos, el argumento freudiano es que en la medida en que podemos pensarnos como sujetos de cultura, como sujetos sometidos a determinados elementos ordenadores que nos rigen y nos permiten existir en tanto tales, es necesario pensar que hay un elemento, el tirano, el padre todopoderoso, que debe ser mantenido en exclusión, pero que, gracias a su exclusión, se hace posible el orden en el que nos inscribimos —«asociación de hombres» dirá Freud—. Pero para que este orden sea posible se requiere algo más que matar al padre. Es necesario que los hermanos acuerden en convertir las privaciones, producto de las prohibiciones paternas, en renunciaciones voluntarias. Es decir, que ellos puedan ser capaces de renunciar a favor de una ley común.

Pero este último es un paso que da Freud. En lo relativo al libro de Miguel Gutiérrez, este se detiene a indagar el segundo momento de lo que había sido aislado por Freud, es decir, el de la victoria de los hermanos y su liberación del padre. Indaga y explora sus posibilidades.

En este contexto, un elemento que me gustaría resaltar es que en esta novela no se encuentra la presencia del padre todopoderoso, del padre gozador y perverso en su esplendor; una presencia que, en la figura del terrateniente u otras sucedáneas, ha estado presente de manera significativa en nuestra literatura, y también en la propia novelística de Gutiérrez —en *La violencia del tiempo*, por ejemplo—. Esta figura, del padre dueño de todas las tierras y de todas las mujeres, ha cedido paso a la de un padre derrotado y corrompido. Es el padre que, a pesar de su presencia y aparente ferocidad, muestra el otro lado, el de la impo-

tencia y el del fracaso. Es el padre sujeto a los deseos de muerte de los hijos, el padre que debe morir para dejar espacio al amor incestuoso entre los hijos.

Esta es una novela sobre la muerte del padre. Pero, como lo había sugerido, es una novela que muestra que el momento que sigue a la muerte del padre no es el de la reconciliación y afianzamiento de las leyes de la ciudad por sobre el capricho del padre todopoderoso, sino que existe uno intermedio: el del incesto fraternal. La muerte del padre no es de manera inmediata una oferta para la instauración de la ley general (que se opone al capricho y la arbitrariedad) sino que, en primera instancia, abre campo para la esperanza de un goce total y único entre hermanos fuera de esta ley general.

De esta manera, y en el sentido en que he venido proponiendo esta lectura de *El Mundo sin Xóchitl*, el incesto fraternal (y debo insistir en no dejar de considerar la diferencia con el incesto que involucra a padres e hijos) no solamente estaría en el lugar de testimonio de la debacle de un mundo por el desorden de las generaciones y la corrupción de sus principios ordenadores, sino, también, en el de un nuevo comienzo: el incesto fraternal en la génesis que reflejan los mitos fundadores a los que hace alusión Gutiérrez en la novela, como el de Mama Ocllo y Manco Cápac de nuestra historia.

Son estos rostros múltiples los que van a desarrollarse en la novela, con elegancia y con prudencia. Xóchitl, la provocadora, la «niña perversa», esa niña tan cercana a la maldad a los ojos de los adultos, es al mismo tiempo la lucidez y la fuerza que se opone al desorden y a la destrucción. Es perversa y es malvada porque no tiene ninguna contemplación con lo que son las leyes aceptadas. Porque lo que Xóchitl sabe es que se paga un precio muy alto si es que uno sigue las leyes que le son impuestas sin preguntarse si son efectivamente de la justicia o son de la locura. Xóchitl muestra que, en la destrucción de un orden y en la búsqueda de un nuevo comienzo, la lucidez puede mostrarse como maldad y, además, estar obligada a ser mala.

El mundo con Xóchitl es la búsqueda desesperada por construir una relación con el mundo que modere el odio, la traición, el abuso. En su desesperación, apuesta por la perfección del mundo de liberación que representa el incesto fraternal contra la represión y la violencia que acompaña el incesto paterno, del macho gozador que posee a todas las mujeres. Es una apuesta imposible, ha dicho Freud, pero es hermosa, nos dice el texto de Miguel Gutiérrez.

El mundo sin Xóchitl es el peregrinaje sin fin de la memoria de Güencho alrededor del fantasma de su hermana. Un errar entre las ruinas de un mundo acabado para desentrañar sus sentidos. Entre la nostalgia, la culpa y el desconuelo, Güencho termina sus días, en una perfecta ironía del autor, en Monte de los Padres, escenario de los últimos días con Xóchitl, escuchando arias de óperas, exactamente del mismo modo en que lo hacía su padre, Elías, en la antigua casona de Piura.

Con su novela, Miguel Gutiérrez muestra que entre el fin de un orden y el inicio de otro, la transgresión perfecta del amor incestuoso es una vía. Pero, una vía sin salida porque el paraíso es una celda cuando es abordado desde la nostalgia. Porque las leyes de la ciudad, esas que según Freud son garantía de nuestra sobrevivencia aunque sean causa de nuestro mal-estar, solo se alcanzan desde la renuncia a los privilegios, sean de clase, de sangre o de amor.

Al cabo de las 585 páginas que he recorrido de la mano de un narrador de oficio y profundidad, mis comentarios no pueden parecerme sino fragmentarios y mis palabras demasiado débiles para poder devolver aunque sea pálidamente la riqueza de *El Mundo sin Xóchitl*. Me digo que debería haber mencionado algo de Mathilde, la entrañable primera esposa de don Elías, y su capacidad para despertar mis simpatías; que tendría que decir al menos una frase acerca del ambiguo Sr. Dunbar, a quien se adora o se detesta según el ángulo de nuestras sospechas, o haberme extendido alrededor del lugar espléndido que tiene la música en esta novela. Pero me convenzo rápidamente de que

es inútil y absurdo. Michel Foucault³ tenía razón: el saber sobre el placer más vale extraerlo del placer. Hay que saber distinguir la *ars erotica* de la ciencia sexual. Del mismo modo, hay que poder respetar los límites de transmisibilidad en lo que a la literatura concierne: de la erótica de la experiencia literaria más vale callar. El libro, después de todo, está a su disposición.

³ FOUCAULT, Michel. *Historia de la Sexualidad. 1. La voluntad de saber*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1986.